

ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina, que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marques de Zenete y Don Juan de Moncada. Dejose despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimoj majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenia.—Señores, dijo Don Álvaro despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que sobre mi palabra, presento á ustedes como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, y es un jóven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía.—¡Oh señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia: yo sí, señor Don Álvaro, que podia decírselo á vd., porque vd. sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*.—Por cierto, replicó Don Álvaro, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo.—Yo, dijo Don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dárselo nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; antes bien todo lo convertia en sustancia tomando al pié de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo así que se mofaban de él. En fin, fué el hazméreir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.



## CAPITULO. V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.



ESPUES de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, fuí miéntras despertaba el amo á hacer la corte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció halagaba el cuidado que yo ponía en rendirle mis obsequios. Recibiómelo con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que, aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que ántes era, pasé de repente á ser vivaracho, atolondrado y zumbon. Diómelo la enhorabuena de mi trasformacion el criado de Don Antonio; y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representómelo que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un jóven completo; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije:—Amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no alcanzo cómo han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas, en cuya casa no estás.—¡Gran dificultad por cierto! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor; imité bien los modales de tal, y fuíme al paseo. Hice gestos y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis espresivas muecas. Seguila, y logré tambien hablarle.

Tomé el nombre de Don Antonio Centelles: pedí una cita, hizo algunos esguinces, insté, convino al fin en ello, &c. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dejase de poner en práctica este consejo, y mas cuando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia disfrazarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y cuando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé hácia el prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volveria sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan léjos para hallar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle escusada, ví salir de una casa pequeña y entrar en un coche que estaba á la puerta una señora ricamente vestida y muy hermosa. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el velo, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh, qué hermosura! me decia yo á mí mismo. ¡Cáspita! No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos señoras que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Miétras hacia estas reflexiones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir aquella linda persona, y ví asomada á la reja de un cuarto bajo á una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y disimulada vieja, que, teniéndome cuando ménos por algun marques, me saludó con mucho respeto y me dijo:—Sin duda, señor, que V. S. habrá formado mal juicio de una muger que, sin tener el honor de conocerle, le ha hecho señal para que entrase en su casa; pero juzgará mas favorablemente de mí cuando sepa que no lo hago así con todos, y que V. S. me parece algun señor de la corte.—No se engaña vd., amiga, le interrumpí, avanzando la pierna derecha y ladeando un poco el cuerpo sobre el costado izquierdo. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España.—Bien se conoce, prosiguió la vieja, y

á cien leguas se echa de ver.—Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias, y este es mi flaco. Habiendo observado desde mi reja que V. S. miraba con mucha atencion á aquella señora que acaba de salir de aquí, me atrevo á suplicarle me diga con toda confianza si le ha gustado.—Me ha gustado tanto, le respondí, que á fe de caballero os aseguro no he visto en mi vida criatura mas salada. Así, pues, madre mia, haced que ella y yo nos veamos á solas, y contad con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los grandes señores nunca pagamos mal.

—Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir á personas de distincion, y que mi mayor gusto es poderles ser útil en alguna cosa. Por ejemplo, yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas no les permite admitir en la suya cortejantes, y les ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion con la decencia exterior.—¡Bellamente! le respondí, y es muy verosímil que vd. acabe de hacer este servicio á esa dama de quien estamos hablando.—No, por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y moza, que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á cual mas galan y mas airoso; y sin embargo ninguno le ha contentado, despidiéndolos á todos con desden.—¡Oh madre! exclamé yo con cierto aire de confianza, eso á mí no me acobarda: disponed que yo le hable, y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo deseo de verme á solas con una hermosura esquiva, porque hasta ahora ninguna he tropezado de esa especie.—Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará ese deseo.—No faltaré, respondí; y veremos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el écsito de la presente. El siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora ántes de la que ella me habia señalado.—Señor, me dijo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida; aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de V. S. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo menos de decirle que ha quedado muy prendada de su persona, y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy apetitoso. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena

vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroína en llegar á casa de la vieja en coche de alquiler como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala, salió al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas cortesías á lo elegante, acompañadas de garbosas contorsiones. Acercándome despues á ella con mucha familiaridad, le dije: —Reina mia, aquí tiene vd. á sus piés, en este caballero mozo, una de las mas difíciles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramenté ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazon.—Sin duda, respondió ella quitándose el velo, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fijar como el azogue ó el espíritu volátil.—Reina mia, le repliqué, si á vd. le place, dejemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vd. es bella, yo la amo, embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion; pongamos solamente los ojos en los placeres que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los piés de mi ninfa, y para imitar mejor á los elegantes, le supliqué y aun importuné de un modo urgente que me hiciese feliz. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de acceder á ellas, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome:—Deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino.—Qué, señorita, exclamé yo, ¿será posible que vd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tijera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas.—Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos; es preciso que una pobre muger ande la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió, aparentando una especie de vergüenza, como si padeciera mucho su pudor en aquella confesion.—Vos, señor, me habeis inspirado afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no acabo de resolverme á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.



Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de Don Antonio habia salido de otro apuro semejante; y queriendo yo, á ejemplo suyo, ser tenido por mi amo, dije á mi viuda:—No tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan oscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de Don Matias de Silva? —Sí, señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le ví en casa de una amiga mia. Turbóme un poco, á pesar de mi desca-ro, esta inesperada respuesta; pero serenándome al punto, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo:—Me alegro, ángel mio, de que conozcais á un caballero... á quien... tambien conozco yo: pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo Don César, y soy hijo único del ilustre Don Fernando de Ribera, que murió quince años ha en una batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una esacta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere que yo emplee en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada deidad me concedió solo sirvieron para hacerme suspirar por los que me negó. La cruel volvió á meterse en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora lograr, me decia yo á mí mismo, mas que favores á medias, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, le pareció que no podia ni debia rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha; pero ésta solo se diferirá por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso, me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor parte que por la peor, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo, cuando nos despedimos, en que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me recreaba yo en pensar que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mu-dé de vestido, y fui en busca de mi amo, que sabia estaba en cierta casa de juego. Halléle con efecto jugando, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos jugadores serenos que se enriquecen ó arruinan sin mudar de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente cuando le daba bien;

pero si perdía no había quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguile hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome:— Toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche irás á buscarme á casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de Don Alejo Seguíer. Diciendo esto entróse en el teatro, y yo me quedé discurriendo en qué gastar mi ducado segun la intencion del donador; pero tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel punto Clarín, criado de Don Alejo, y llevéle conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarín debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcajada tendida, miétras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡cuál fué mi admiracion cuando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudita, á mi adorable viuda que yo habia tenido por una marquesa ó condesa! Ella tambien me pareció no menos sorprendida de ver á su querido Don César de Ribera convertido de elegante en lacayo. Sin embargo, nos miramos uno á otro sin turbarnos; y aun nos dió á entrambos tal tentacion de risa, que no pudimos reprimirla; despues de lo cual, Laura, que este era el nombre de mi princesa, retirándose aparte, mientras Clarín hablaba con la compañera, me alargó con gracia la mano, diciéndome en voz baja:—Tóquela vd., Señor Don César, dejémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¡Qué le parece del lance? ¡Vaya! confiese vd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla.—Es verdad, le respondí; pero, reina mia, seas lo que fueres, sábetes que aunque he mudado de forma no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de Don Matías lo que tan felizmente comenzó Don César de Ribera. Quitá allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con libertad;

porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hizose general; fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entender. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, superó á todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian arriba tan descompuestamente, que se conocia no ser su conversacion mas seria ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, creo se hubiera compuesto un libro muy instructivo para la juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa; quiero decir que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarín siguió á Don Alejo, y yo me retiré con Don Matías.

